

## Ensayos

# Arte y cultura en el tercer milenio

## *Interpretación teológica del sentido de este cambio de era*

Jesús Alfaro

*Universidad de Piura*

«no es la doctrina de Jesús la que se debe adaptar a los tiempos, sino que son los tiempos los que han de abrirse a la luz del Salvador». Josemaría Escrivá, Carta 28.III.1973, n. 4. Citada en Javier Echevarría, Carta Pastoral Sobre el año de la fe, n. 9, 29 de septiembre de 2012

Se ha sucedido ya casi un cuarto de siglo desde que el mundo celebró el acontecimiento. La algarabía de los fuegos artificiales se ha extinguido. En su lugar ha quedado el humo de las explicaciones, intentos de comprender el momento histórico, acompañados de sucesos muy variados en su estilo y naturaleza: de tipo social, cultural, económico, eclesial. Para los creyentes, estos últimos tienen un sentido particular.

El paso del segundo al tercer milenio de la era cristiana del mundo fue preparado y posteriormente vivido con intensidad. La crónica de estos la recogieron los medios de comunicación de aquellos años y aún se pueden visualizar mediante internet. Quienes lo vivimos en mayoría de edad, tenemos conciencia una vez más de la futilidad de muchos acontecimientos humanos, si no están acompañados de la oportuna búsqueda de sentido.

Me parece casi obligado incluir unas palabras (no serán las únicas) de Joseph Ratzinger, comentando precisamente el sentido de dicho Jubileo:

en el jubileo del año 2000, no está de ninguna manera en primer término la fecha perfectamente determinada, como si ésta, con una especie de automatismo, debiera producir por sí misma determinados efectos. Resulta decisiva la referencia intrínseca que se encuentra en nuestro cómputo del tiempo como un todo y que en ese momento se debería recordar de nuevo: la referencia a aquel que tiene el tiempo en sus manos. Él es «mysterium» que a la vez toca y supera el tiempo; así, él es para nosotros la posibilidad de encontrar fundamento en el tiempo que se desmorona y se deshace, y de realizar en el transcurrir temporal lo permanente (Ratzinger, 2006, p. 5).

Son precisamente estas palabras las que me han decidido a realizar este *excursus* sobre el cambio de milenio, sus antecedentes y sus consecuencias; y hacerlo desde una perspectiva teológica, que es la que se ajusta a la sugerencia fundamental del texto citado.

En primer lugar, recojo la perspectiva de filosofía de la historia, que tiene la referencia a «aquél que tiene el tiempo en sus manos». El cómputo del tiempo que nos convierte (a toda la humanidad, por encima de las diferencias cronológicas de pueblos y civilizaciones actuales) en ciudadanos del tercer milenio, apremia a los creyentes cristianos a considerar esta circunstancia no como una atingencia cronológica en sentido primario, sino sobre todo como un avance en la construcción de la historia según los planes de Dios. Conviene recordar el concepto de Providencia que recorre todo el contenido histórico de la Revelación cristiana: Dios y su omnipotencia en conjunción con la libertad humana, procede permanentemente a proveer esa libertad, de manera que pueda cumplir con su objetivo, que es el de realizar la historia según los planes de Dios.

Así, nos encontramos con miles de años que nos han precedido, en los cuales ha sido también la Providencia la que ha guiado a los hombres en la espera del cumplimiento de tiempos y promesas. Una ha sido la promesa de Dios mismo, para sanar al hombre de sus heridas; otra, la fidelidad imperfecta de la Humanidad, precisamente por el agobio de dichas heridas.

De esta manera, a partir de un determinado momento de este proceso, el hombre fue consciente de haber sido llamado a colaborar con el Creador: el pueblo hebreo es el responsable de haber transmitido a la humanidad las premisas de la historia que se realizó desde su inicio como sagrada. Los patriarcas señalaron la dirección; los profetas anunciaron los hitos básicos y Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, determinó con su historia personal la impronta de la Historia como diseño comunitario de toda la humanidad en relación con Dios.

## **1. Una necesidad**

Luego del primer milenio cristiano era necesario realizar un parón. Tal vez la humanidad no estuviera aun suficientemente preparada para entender el sentido del proceso inaugurado por Dios mediante su promesa de salvación; por eso conocemos el alto contenido denominado milenarista de la primera vuelta de calendario, al final de los primeros cien siglos. La fuerte carga apocalíptica de interpretaciones y alusiones con ocasión del cambio impidió un oportuno juicio de lo que acontecía desde la perspectiva de Dios.

En cualquier caso, no sería justo olvidar el trabajo que la Filosofía y la Teología cristianas impulsaron durante varios siglos con ánimo de entender la Historia desde una perspectiva religiosa. Incluso se ha acusado a los siglos

doce, trece y catorce de imponer esa interpretación, como si no fuera válida, más aún como si fuera perniciosa para la inteligencia del mundo. Solo una ceguera producida por la falta de fe puede dar lugar a interpretaciones de la historia faltas de lucidez. Lo que hizo la Edad Media más bien fue iluminar la comprensión de la historia con las luces propias de la Revelación. Sin esa iluminación no se hubiera producido el paso de la Edad Media a la Moderna, tal como advino: el florecimiento del Arte y de las Ciencias fue posible porque la Teología se encargó de enseñar al hombre del medioevo que era señor del mundo y productor libre de la historia; que era, por tanto, responsable.

En su catequesis del 26 de mayo de 1999, entre tantos otros textos que preparaban la entrada al tercer milenio, Juan Pablo II afirmaría:

Especialmente en nuestro tiempo todo procede con increíble velocidad, tanto por los progresos de la ciencia y de la técnica como por el influjo de los medios de comunicación social. Por eso, surge espontáneamente la pregunta: ¿cuál es el destino y la meta final de la humanidad? A este interrogante da una respuesta específica la palabra de Dios, que nos presenta el designio de salvación que el Padre lleva a cabo en la historia por medio de Cristo y con la obra del Espíritu.

Estas páginas pretenden realizar una interpretación teológica del paso al tercer milenio, guiada por el testimonio del Concilio Vaticano II y las catequesis de Juan Pablo II en los años previos al acontecimiento. Las múltiples referencias culturales (históricas, sociales, filosóficas) que se producen en esos textos nos animan a concluir que es válida la propuesta de considerar a la Iglesia como artífice, una vez más, del cambio de la Historia.

## 2. La tarea del Concilio

En el Concilio Vaticano II, pocos años antes, la Iglesia reconoce esa responsabilidad como co-responsabilidad con todo el género humano y declara: «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos. La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia» (*Gaudium et Spes*, n. 1).

De esta manera la Iglesia puede presentar, como en el texto que reseñamos a continuación, un completo cuadro de la Humanidad, siempre necesitada de sentido:

Ya desde la antigüedad y hasta nuestros días se encuentra en los diversos pueblos una cierta percepción de aquella fuerza misteriosa que se halla presente en la marcha de las cosas y en los acontecimientos de la vida humana y a veces también el reconocimiento de la Suma Divinidad e incluso del Padre. Esta percepción y conocimiento penetra toda su vida con íntimo sentido religioso. Las religiones al tomar contacto con el progreso de la cultura se esfuerzan por responder a dichos problemas con nociones más precisas y con un lenguaje más elaborado. Así, en el Hinduismo los hombres investigan el misterio divino y lo expresan mediante la inagotable fecundidad de los mitos y con los penetrantes esfuerzos de la filosofía, y buscan la liberación de las angustias de nuestra condición mediante las modalidades de la vida ascética, a través de profunda meditación, o bien buscando refugio en Dios con amor y confianza. En el Budismo, según sus varias formas, se reconoce la insuficiencia radical de este mundo mudable y se enseña el camino por el que los hombres, con espíritu devoto y confiado pueden adquirir el estado de perfecta liberación o la suprema iluminación, por sus propios esfuerzos apoyados con el auxilio superior. Así también las demás religiones que se encuentran en el mundo se esfuerzan por responder de varias maneras a la inquietud del corazón humano, proponiendo caminos, es decir, doctrinas, normas de vida y ritos sagrados.

La Iglesia mira también con aprecio a los musulmanes que adoran al único Dios, viviente y subsistente, misericordioso y todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, que habló a los hombres, a cuyos ocultos designios procuran someterse con toda el alma como se sometió a Dios Abraham, a quien la fe islámica mira con complacencia. Veneran a Jesús como profeta, aunque no lo reconocen como Dios; honran a María, su Madre virginal, y a veces también la invocan devotamente. Esperan, además, el día del juicio, cuando Dios remunerará a todos los hombres resucitados. Por ello, aprecian la vida moral, y honran a Dios sobre todo con la oración, las limosnas y el ayuno.

Al investigar el misterio de la Iglesia, este Sagrado Concilio recuerda los vínculos con que el Pueblo del Nuevo Testamento está espiritualmente unido con la raza de Abraham. Pues la Iglesia de Cristo reconoce que los comienzos de su fe y de su elección se encuentran ya en los Patriarcas, en Moisés y los Profetas, conforme al misterio salvífico de Dios. Reconoce que todos los cristianos, hijos de Abraham según la fe, están incluidos en la vocación del mismo Patriarca y que la salvación de la Iglesia está místicamente prefigurada en la salida del pueblo elegido de la tierra de esclavitud. Por lo cual, la Iglesia no puede olvidar que ha recibido la Revelación del Antiguo Testamento por medio de aquel pueblo, con quien Dios, por su inefable misericordia se dignó establecer la Antigua Alianza, ni puede olvidar que se nutre de la raíz del buen olivo en que se han injertado las ramas del olivo silvestre que son los gentiles. Cree, pues, la Iglesia que Cristo, nuestra paz, reconcilió por la cruz a judíos y gentiles y que de ambos hizo una sola cosa en sí mismo (Concilio Vaticano II, Declaración *Nostra aetate*, nn. 2 a 4).

### 3. Tercer milenio: Recomenzar

Mientras preparaba estos primeros párrafos, entendí como especialmente sugerente la presentación de este texto a fin de que enmarcara en este contexto la gran gesta de nuestra historia republicana que celebramos. Los planes de Dios son eternos y universales; pero las acciones humanas son temporales y «territoriales». En este vasto territorio llamado Perú, los últimos doscientos años han supuesto un sinnúmero de acontecimientos guiados por la libertad humana pero también por la Providencia divina; de manera que un estudio del futuro de la humanidad a partir del ingreso al tercer milenio se condice con el análisis de lo que particularmente ha sucedido en nuestra historia; y puede dar luz incluso, a los investigadores del futuro acerca de lo que Dios pueda tener preparado para un país como el nuestro que celebrará su Bicentenario de historia republicana.

Estoy convencido de que la Iglesia, guiada por el soplo del Espíritu, ha estado liderando la construcción de una visión del mundo, del hombre y de su historia, acorde con las exigencias de ese mismo Espíritu para el hombre del tercer milenio. Sin embargo, era necesario primero el recuento de lo anteriormente sucedido en el corto plazo, y reseñar que

el Concilio Vaticano II constituye un acontecimiento providencial, gracias al cual la Iglesia ha iniciado la preparación próxima del Jubileo del segundo milenio. Se trata de un Concilio semejante a los anteriores, aunque muy diferente; un Concilio centrado en el misterio de Cristo y de su Iglesia, y al mismo tiempo abierto al mundo. Esta apertura ha sido la respuesta evangélica a la reciente evolución del mundo con las desconcertantes experiencias del siglo XX, atormentado por una primera y una segunda guerra mundial, por la experiencia de los campos de concentración y por horrendas matanzas. Lo sucedido muestra sobre todo que el mundo tiene necesidad de purificación, tiene necesidad de conversión.

Se piensa con frecuencia que el Concilio Vaticano II marca una época nueva en la vida de la Iglesia. Esto es verdad, pero a la vez es difícil no ver cómo la Asamblea conciliar ha tomado mucho de las experiencias y de las reflexiones del período precedente, especialmente del pensamiento de Pío XII. En la historia de la Iglesia, «lo viejo» y «lo nuevo» están siempre profundamente relacionados entre sí. Lo «nuevo» brota de lo «viejo» y lo «viejo» encuentra en lo «nuevo» una expresión más plena. Así ha sido para el Concilio Vaticano II y para la actividad de los Pontífices relacionados con la Asamblea conciliar, comenzando por Juan XXIII, siguiendo con Pablo VI y Juan Pablo I, hasta el Papa actual (Juan Pablo II, nota del autor).

Lo que ellos han realizado durante y después del Concilio, tanto el magisterio como la actividad de cada uno, ha aportado ciertamente una significativa ayuda a la preparación de la nueva primavera de vida cristiana que deberá

manifestar el Gran Jubileo, si los cristianos son dóciles a la acción del Espíritu Santo (*Tertio Milenio Adveniente*).

Las afirmaciones que vienen a continuación introducen maravillosamente la perspectiva que se quiere subrayar en este ensayo:

los dos mil años del nacimiento de Cristo —prescindiendo de la exactitud del cálculo cronológico— representan un Jubileo extraordinariamente grande no sólo para los cristianos, sino indirectamente para toda la humanidad, dado el papel primordial que el cristianismo ha jugado en estos dos milenios. Es significativo que el cómputo del transcurso de los años se haga casi en todas partes a partir de la venida de Cristo al mundo, la cual se convierte así en *el centro* del calendario más utilizado hoy. ¿Acaso no es también esto un signo de la incomparable aportación que para la historia universal ha significado el nacimiento de Jesús de Nazaret? (*Tertio Milenio Adveniente*).

Ciertamente lo es. Muchos de los textos que prepararon el Gran Jubileo recogen formulaciones que enmarcan el horizonte en el que se mueven las afirmaciones que se vienen señalando: la Encarnación del Verbo, cumplimiento en la Historia de los planes de Dios, debe ser leída desde la óptica de una nueva asunción de responsabilidad de parte del hombre del tercer milenio; ya que no se puede olvidar que

mientras se aproxima el tercer milenio de la nueva era, el pensamiento se remonta espontáneamente a las palabras del apóstol Pablo: «Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer» (Gal 4, 4). En efecto, la plenitud de los tiempos se identifica con el misterio de la Encarnación del Verbo, Hijo consustancial al Padre y con el misterio de la Redención del mundo. San Pablo subraya en este fragmento que el Hijo de Dios ha nacido de mujer, nacido bajo la Ley, venido al mundo para rescatar a los que se hallaban bajo la Ley, para que pudieran recibir la filiación adoptiva. Y añade: «La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Padre!». Su conclusión es verdaderamente consoladora: «De modo que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero por voluntad de Dios» (Gal 4, 6-7).

Esta presentación paulina del misterio de la Encarnación incluye la revelación del misterio trinitario y de la prolongación de la misión del Hijo en la misión del Espíritu Santo. La Encarnación del Hijo de Dios, su concepción y su nacimiento son premisa del envío del Espíritu Santo. El texto de san Pablo deja vislumbrar así la plenitud del misterio de la Encarnación redentora (*Tertio Milenio Adveniente*).

Los documentos del Concilio dan cuenta de la preocupación fundamental de la Iglesia que, en el cumplimiento de su permanente misión, sabe que le corresponde anunciar al hombre los designios salvíficos de Dios. Y con ocasión del paso al tercer milenio de la Redención esta responsabilidad



se hace más acuciante. Es significativo constatar que la Iglesia preparó este acontecimiento con dos encíclicas, un año mariano, tres series de catequesis sobre la Trinidad: el Hijo de Dios, el Espíritu Santo y el Padre; así como muchas y permanentes intervenciones de Juan Pablo II en sus alocuciones y mensajes de esos años (1997 a 1999). Más aún, en el *Decreto Ad Gentes del Concilio Vaticano II*, ya leemos:

Mas en el presente orden de cosas, del que surge una nueva condición de la humanidad, la Iglesia, sal de la tierra y luz del mundo (Cf. Mt, 5,13-14), se siente llamada con más urgencia a salvar y renovar a toda criatura para que todo se instaure en Cristo y todos los hombres constituyan en Él una única familia y un solo Pueblo de Dios.

#### 4. El quid de la cuestión

Son especialmente reveladoras las palabras recogidas en la alocución del 15 de diciembre de 1999, en las que Juan Pablo II, con su intensa intuición humana y sobrenatural hace un retrato de la situación del hombre del siglo XX, muy cercano ya a lo que ahora conocemos como posmodernismo:

Hemos asistido al ocaso de las ideologías que vaciaron de referencias espirituales a muchos hermanos nuestros, pero los frutos nefastos de un secularismo que engendra indiferencia religiosa siguen presentes, sobre todo en las regiones más desarrolladas. Desde luego, a esta situación no se responde adecuadamente con la vuelta a una vaga religiosidad, con la que se buscan frágiles compensaciones y un equilibrio psico-cósmico, como pretenden muchos nuevos paradigmas religiosos que proclaman una religiosidad sin referencia a un Dios trascendente y personal.

Por el contrario, es preciso analizar con esmero las causas de la pérdida del sentido de Dios y volver a proponer con valentía el anuncio del rostro del Padre, revelado por Jesucristo a la luz del Espíritu. Esta revelación, no disminuye, sino que exalta la dignidad de la persona humana en cuanto imagen de Dios Amor.

En los últimos decenios, la pérdida del sentido de Dios ha coincidido con el avance de una cultura nihilista que empobrece el sentido de la existencia humana y, en el campo ético, relativiza incluso los valores fundamentales de la familia y del respeto a la vida. Con frecuencia, todo esto no se realiza de modo llamativo, sino con la sutil metodología de la indiferencia, que lleva a considerar normales todos los comportamientos, de modo que no surja ningún problema moral.

Paradójicamente, se exige que el Estado reconozca como «derechos» muchos comportamientos que atentan contra la vida humana, sobre todo contra la más débil e indefensa. Por no hablar de las enormes dificultades que exis-

ten para aceptar a los demás cuando son diversos, incómodos, extranjeros, enfermos o minusválidos. Precisamente el rechazo cada vez más fuerte de los demás, en cuanto diferentes, plantea un interrogante a nuestra conciencia de creyentes. Como afirmé en la encíclica *Evangelium vitae*: «Estamos frente a una realidad más amplia, que se puede considerar como una verdadera y auténtica estructura de pecado, caracterizada por la difusión de una cultura contraria a la solidaridad, que en muchos casos se configura como verdadera cultura de muerte» (n. 12).

Frente a esta cultura de muerte nuestra responsabilidad de cristianos se expresa en el compromiso de la nueva evangelización, entre cuyos frutos más importantes se ha de contar la civilización del amor.

Es aquí cuando el horizonte de la Iglesia se amplía para constituir un marco hasta solemne, pero sobre todo exigente y premonitorio. Sus alcances tienen las mismas dimensiones que sus propuestas, de condensada sabiduría:

Dios es Señor del tiempo no sólo como creador del mundo, sino también como autor de la nueva creación en Cristo. Él ha intervenido para curar y renovar la condición humana, profundamente herida por el pecado. Durante largo tiempo preparó a su pueblo, especialmente a través de las palabras de los profetas, para el esplendor de la nueva creación: «He aquí que yo creo cielos nuevos y tierra nueva, y no serán recordados los primeros ni vendrán a la memoria; antes bien, habrá gozo y regocijo por siempre jamás por lo que voy a crear. Pues he aquí que yo voy a crear a Jerusalén “Regocijo”, y a su pueblo “Alegría”» (Is 65, 17-18).

La promesa se cumplió hace dos mil años con el nacimiento de Cristo. A esta luz, el jubileo constituye una invitación a celebrar la era cristiana como un período de renovación de la humanidad y del universo. A pesar de las dificultades y los sufrimientos, los dos mil años transcurridos han sido un tiempo de gracia.

También los años futuros están en las manos de Dios. El porvenir del hombre es, ante todo, futuro de Dios, en el sentido de que sólo él lo conoce, lo prepara y lo realiza. Ciertamente, él exige y solicita la cooperación humana, pero no por ello deja de ser el director trascendente de la historia (Audiencia del 19 de noviembre de 1997).

La Teología de la Historia presente en este ensayo a través de textos del Magisterio, exige una premisa fundamental: Cristo es el centro de la realidad creada. El sentido de la misma realidad, su metafísica y su destino solo son escrutables si se la considera cristológicamente. Cualquier deriva antropocéntrica en el análisis de la historia tendrá como consecuencia una desviación no solo temeraria sino errónea por principio, aún no supuesta la fe. Puede decirse que la increencia no ha sido nunca capaz de solventar sus



negaciones (Dios no existe, Cristo no es Dios). Así es obligado penetrar en las palabras con que la Iglesia quiso introducirnos en la celebración del Gran Jubileo, audiencia del miércoles 26 de noviembre de 1997:

La celebración del jubileo nos lleva a contemplar a Jesucristo como punto de llegada del tiempo que lo precede y punto de partida del que lo sigue. En efecto, él inauguró una historia nueva, no sólo para cuantos creen en él, sino también para toda la comunidad humana, porque la salvación que realizó se ofrece a todos los hombres. En toda la historia se difunden misteriosamente los frutos de su obra salvadora. Con Cristo la eternidad hizo su entrada en el tiempo.

«En el principio existía el Verbo» (Jn 1, 1). Estas palabras, con las que comienza san Juan su evangelio, nos remontan más allá del inicio de nuestro tiempo, hasta la eternidad divina. A diferencia de san Mateo y san Lucas, que sobre todo se dedican a relatar las circunstancias del nacimiento humano del Hijo de Dios, san Juan dirige su mirada al misterio de su preexistencia divina.

En esta frase, «en el principio» significa el inicio absoluto, inicio sin inicio, es decir, la eternidad. La expresión es un eco de la del relato de la creación: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra» (Gen 1, 1). Pero en la creación se trataba del inicio del tiempo, mientras aquí, donde se habla del Verbo, se trata de la eternidad.

Entre los dos principios la distancia es infinita. Es la distancia entre el tiempo y la eternidad, entre las criaturas y Dios.

La perspectiva del origen eterno del Verbo, particularmente subrayada por el evangelio de san Juan, nos impulsa a penetrar en la profundidad del misterio de Cristo.

Por consiguiente, vayamos hacia el jubileo profesando cada vez con mayor vigor nuestra fe en Cristo, «Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero». Estas expresiones del Credo nos abren el camino al misterio, son una invitación a acercarnos a él. Jesús sigue testimoniando a nuestra generación, como hizo hace dos mil años a sus discípulos y oyentes, la conciencia de su identidad divina: el misterio del «Yo soy».

Por este misterio la historia humana ya no está destinada a la caducidad, sino que tiene un sentido y una dirección: ha sido como fecundada por la eternidad. Para todos resuena consoladora la promesa que Cristo hizo a sus discípulos: «He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20).

El paso al tercer milenio ha constituido así desde la perspectiva de la Iglesia Católica, una oportunidad sin precedentes para tomarnos en serio, tanto las premisas de la Historia como sus consecuencias teológicas. No se ha tratado únicamente de un cambio en la cronología, la datación o las espe-

ranzas primarias de una Humanidad gozosa en sus progresos tecnológicos cada vez más abarcentes, y en su suficiencia cultural, cada vez más obtusa. La Historia exige una relectura, algo así como una reinterpretación que facilite al hombre posmoderno su propia comprensión; y a la Historia, su auténtica finalización. Es necesario replantearse si hasta ahora no comprendimos las claves que modulan la existencia humana; y el paso al tercer milenio puede estar dándonos esa oportunidad, siempre que estemos dispuestos a entender como esencial la propuesta de la Iglesia.

Y dice así:

El hecho de que el Verbo eterno asumiera en la plenitud de los tiempos la condición de criatura confiere a lo acontecido en Belén hace dos mil años un singular valor cósmico. Gracias al Verbo, el mundo de las criaturas se presenta como cosmos, es decir, como universo ordenado. Y es que el Verbo, encarnándose, renueva el orden cósmico de la creación. La Carta a los Efesios habla del designio que Dios había prefijado en Cristo, «para realizarlo en la plenitud de los tiempos: hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra» (1, 10).

Cristo, Hijo consustancial al Padre, es pues Aquel que revela el plan de Dios sobre toda la creación, y en particular sobre el hombre. Como afirma de modo sugestivo el Concilio Vaticano II, Él «*manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación*» (G et S, n. 22)

Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, es Señor del cosmos y también Señor de la historia, de la que es «el Alfa y la Omega» (Ap 1, 8; 21, 6), «el Principio y el Fin» (Ap 21, 6). En Él el Padre ha dicho la palabra definitiva sobre el hombre y sobre la historia. Esto es lo que expresa sintéticamente la Carta a los Hebreos: «Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas: en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo» (1, 1-2).

Gracias a la venida de Dios a la tierra, el tiempo humano, iniciado en la creación, ha alcanzado su plenitud. En efecto, «la plenitud de los tiempos» es sólo la eternidad, mejor aún, Aquel que es eterno, es decir Dios. Entrar en la «plenitud de los tiempos» significa, por lo tanto, alcanzar el término del tiempo y salir de sus confines, para encontrar su cumplimiento en la eternidad de Dios.”

La esperanza se ve reforzada con la consideración que la misma Iglesia hace con las siguientes palabras:

Sobre todo, queridos hermanos y hermanas, es necesario pensar en el futuro que nos espera. Tantas veces, durante estos meses, hemos mirado hacia el nuevo milenio que se abre, viviendo el Jubileo no sólo como memoria del pasado, sino como profecía del futuro. Es preciso ahora aprovechar el tesoro de gracia recibida, traduciéndola en fervientes propósitos y en líneas de acción concretas.

Alguien ha afirmado que el cristiano es el verdadero materialista ya que mira la realidad y no las ideas. Con ese realismo somos capaces de escrutar las condiciones culturales y sociales de la Humanidad en estos momentos de nuestra historia. Pero lo haremos con el convencimiento intelectual y afectivo de que el paso al tercer milenio nos ha enseñado a ver los acontecimientos con ojos nuevos.

Sugería Juan Pablo II con frecuencia en su predicación que la Iglesia debería respirar, llegado el momento, con sus dos pulmones. La Iglesia cristocéntrica, que sabe que el mundo entero ha sido confiado a través de Cristo a la humanidad entera, y que debe asimilar la cultura contemporánea desde esa perspectiva, se atreve a ponerse a la vanguardia de la construcción del nuevo milenio.

Unos párrafos acerca del Arte y la Cultura como componentes esenciales de la implementación de la nueva civilización que el cristiano está llamado a construir (no lo está haciendo aún, a pesar de los medios materiales de que dispone, ya que tal vez le han hecho falta los recursos morales y espirituales que debemos reconocer), nos ayudarán a discernir convenientemente el proyecto que en estas páginas se propone.

## 5. Arte y cultura

[P]or disposición del Padre, el tiempo se despliega como una invitación a «conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento» para irse «llegando hasta la total plenitud de Dios» (Ef 3, 19). El secreto de este camino es el Espíritu Santo, que nos guía «hasta la verdad completa» (Jn 16, 13).

Con el corazón confiadamente abierto a esta perspectiva de esperanza, invoco del Señor la abundancia de los dones del Espíritu para toda la Iglesia «a fin de que la “primavera” del concilio Vaticano II encuentre en el nuevo milenio su “verano”, es decir, su desarrollo maduro» (Discurso, 21 de febrero de 1998, n. 4).

Conceptos arcaicos, conceptos permanentes, conceptos fundantes: todo esto me viene a la imaginación cuando pienso en estos dos extremos, arte y cultura. Una primera apreciación puede consistir, a modo de preámbulo, en la preminencia intelectual del concepto de cultura, que de esta manera englobaría al de arte. Sin embargo, no es suficiente esta antepremisa, sino que conviene puntualizar que la cultura debe sufrir una redefinición.

Ordinariamente tanto en el mundo común como en el académico suele no distinguirse convenientemente la cultura como tal de sus frutos. Un hombre culto pasa a ser así, aquel que sabe reconocer o disfrutar o apuntar oportunamente hacia los frutos de la llamada cultura; así termina por no reconocerse cuál es el proceso y cuál el producto. Si es culto el que aprecia y

disfruta deberá serlo antes el que proporciona los elementos que deben ser apreciados; a no ser que optemos por señalar simplemente como artistas o artesanos a quienes lo hacen. Sin embargo, seguimos sin definir en sí misma la cultura.

Me parece beneficioso intentar entrar etimológicamente al asunto. Culto exige *cultum* o cultivo; exige por tanto un sustantivo que naturalmente sustente el concepto: cultura es el proceso mediante el cual algo se cultiva. Y ya que este proceso es de naturaleza espiritual, deberemos concluir que se trata de un proceso humano. Cultura es todo proceso mediante el cual el hombre se cultiva a sí mismo; es decir, se ocupa de su proceso interior de perfeccionamiento moral y espiritual.

El talante dinámico de esta propuesta conceptual de la cultura obliga a plantear la pregunta sobre el origen de esta. Si cultura es proceso humano ello querrá decir que responde a la naturaleza de la persona. La cultura sería, entonces, parte integrante de la naturaleza humana en función de su carácter. El perfeccionamiento de todo el hombre, su plenitud espiritual, física y social.

Así se explica la urgencia con la que toda la humanidad exige la educación como valor fundante; y la familia como ámbito privilegiado del hacer cultural (del perfeccionamiento humano, en definitiva); y de los «valores», como referentes permanentes de todo proceso cultural: una actividad cultural sin referentes trascendentes sería superflua. Y también la sociedad exige la religión como instancia privilegiada para favorecer todo proceso humano cultural, es decir, de perfeccionamiento integral. En el ámbito social, se aspira a un trabajo de índole comunitario (la democracia u otro sistema que garantice el libre juego de las voluntades ciudadanas) ya que por naturaleza el hombre es un ser social.

Este repaso, aparentemente elemental, ha servido para encontrarnos con elementos que se dan por supuestos con frecuencia, pero que en la realidad están ausentes del quehacer humano en muchas vertientes: planes educativos, propuestas políticas, programas «culturales», artísticos, etc. Los últimos dos siglos han vivido eso que podríamos llamar «pobreza de contenidos» y al mismo tiempo exuberancia de planteamientos ideológicos que, por su propia índole carecen de sustento universal: las ideologías suelen ser bastante pacatas. De esta manera, ¿qué ha sucedido en el mundo entero? Unas iluminadoras palabras de Joseph Ratzinger nos lo describirán:

El descubrimiento de América a principios de la edad moderna llevó a la «desmitologización» de la tierra y del océano. Se descubre la tierra como tierra, como el mundo uno del hombre uno. (...) El mundo, que al llegar a sus límites había pasado de un salto a lo metafísico y lo eterno con toda naturalidad, se descubre en la edad moderna como mundo uno y redondo. No es más que eso: mundo. A la desmitologización de la tierra iniciada por Colón

sigue la desmitologización del cielo por obra de Copérnico. La astronomía nos descubre que el cielo que vemos sobre nuestras cabezas no es «cielo», sino que a su vez es tan sólo «mundo». No es tampoco como lo describe Dante, de acuerdo con la teología de su tiempo, un cosmos ascendente, cada vez más metafísico, hasta llegar al «Empyreum», la morada de Dios; es un mundo como el que nosotros habitamos.

A esta desmitologización espacial de la imagen del mundo se agrega, desde el siglo pasado y cada vez en mayor medida, una desmitologización temporal. Se concibe el mundo como un mundo en devenir, en el que la distribución en un antes y un después del pecado original y un antes y un después de la salvación no tiene lugar. El científico afirma que la estructura del mundo y el comportamiento de los seres vivos no muestran ninguna diferencia entre un antes y un después de la aparición del hombre. El historiador aduce que la estructura de la historia y el comportamiento del hombre son idénticos a través de toda la historia. Ambos niegan el valor de las clasificaciones que componen el sistema de coordenadas de la imagen teológica de la historia. La concepción teológica ha desaparecido tanto de la «geografía» temporal como de la espacial. El mundo se ha convertido en un «mundo» uno e idéntico. Nada de esto destruye a la fe, pero supone un cambio fundamental en los presupuestos bajo los que ha de desarrollarse e interpretarse a sí misma. En ambos casos una negación de los nuevos datos supondría un peligroso malentendido de la fe. Si la fe no quiere degradarse hasta lo anacrónico, debe tomar los nuevos datos como condiciones previas a sus afirmaciones; y en esta tarea aún le queda mucho por hacer.

Pero no concluye aquí esta descripción que da cuenta de la nueva percepción que el paso de la Edad Media a la Moderna supuso en la humanidad pensante. Este primer esbozo, de naturaleza cosmológica, se completa con una consideración metafísica con respecto al sentido del mundo:

De la experiencia de la secularidad del mundo se deriva por sí mismo el conocimiento de su maleabilidad; este conocimiento introduce al comienzo del siglo XIX la segunda fase de la edad moderna: la fase de la conformación técnica del mundo. Por haber sido descritos con suficiente frecuencia, no necesitamos repetir aquí los cambios que la técnica ha introducido en la realidad total que sirve de punto de referencia al hombre, como en la orientación general de su existencia. Es evidente que la situación del hombre ha cambiado cuando ya no se encuentra en ningún lugar con la naturaleza en sí, sino tan sólo consigo mismo, cuando ya no tropieza con el *ars Dei*, sino tan sólo con la *techne* del hombre, que se ha convertido en su espacio vital. Demos todo esto por conocido y dirijamos nuestra atención a las consecuencias que ha producido en la actitud espiritual del hombre, que son extraordinariamente extensas.

Ha cambiado la relación del hombre con su trabajo y con las tareas terrenas. Mientras la antigüedad contemplaba como verdadero ideal la liberación

de toda preocupación terrena, para así poder llegar al «ocio para la verdad», mientras la ocupación en lo terreno le parecía una carga que alejaba al hombre de lo auténtico, el servicio al mundo es contemplado por el hombre de hoy casi con fervor religioso. El ocio tiene poco valor, y la huida del mundo, ninguno; la posibilidad auténtica del hombre consiste en cambiar la faz de este mundo, en agotar sus posibilidades, en aumentar su grado de habitabilidad.

Casi como colofón, el texto inmediato ilustra acerca de lo que es más pertinente para los efectos de este *excursus*: la relación del hombre con su perfeccionamiento mediante la cultura y el conocimiento intelectual:

También ha cambiado la relación con la cultura y la ciencia. Tertuliano preguntó lleno de orgullo: «¿Qué tiene que ver Jerusalén con Atenas?»; esta pregunta si bien representa una actitud algo más exagerada que la del resto, es reflejo, sin embargo, de lo que se pensaba en la época. San Agustín por su parte, el gran maestro del occidente, en su programa de formación tan sólo concede valor a la ciencia en tanto en cuanto ayuda a la comprensión de la Escritura y a la edificación de la fe. La palabra *curiositas* domina toda la edad media, y se refiere a esa curiosidad que en definitiva no hace sino apartar al hombre de lo auténtico, que no es ciencia, sino sabiduría. Y Buenaventura, respondiendo a sus colegas de la facultad de filosofía de París, que exigían la independencia de la ciencia, dice que de nada le sirve al hombre aprender a medir el mundo si se olvida de medirse a sí mismo. La Imitación de Cristo insiste nuevamente, al final de la edad Media, en el no a una actitud científica que prescindiera del hecho de la salvación, actitud que es característica de la edad moderna y de su comprensión de la existencia humana. La dificultad que tiene el cristiano para orientarse hoy en el mundo de la ciencia tiene raíces profundas. Hablar de un largo error histórico sería fácil, además de superficial, como nos hace saber la primera Carta a los Corintios, cuando habla de la locura de la cruz y de la sabiduría del mundo, y dice que no se pueden unir fácil y alegremente en una síntesis. Por tanto, la cuestión con que nos enfrentamos ha existido en cierto modo desde un principio; y en este mundo nuestro «cientificado» ha alcanzado una amplitud considerable (Ratzinger, 1976, p. 865 y ss.).

A partir de esta perspectiva, parece pertinente plantear una hipótesis acerca de la renovación del mundo contemporáneo que tenga por premisas: un serio compromiso con la realidad, que se refleje en adecuados objetivos educativos, sociales y personales; una decantación de la metodología de las ciencias, que alejándose del positivismo racionalista decimonónico opte por el análisis metafísico de las realidades humanas; una apuesta decidida por el trascendentalismo en la visión del mundo y del hombre: las hipótesis faltas de raíces han fracasado; los planes (económicos de largo alcance, sociales globalistas) se han demostrado impertinentes ya que están haciendo sufrir a la humanidad, sin conseguir el prometido y deseado *estado de bienestar*. Y por encima de todo, una decisión empeñosa de dirigirse al hombre real, es



decir una antropología que respete la índole de los hombres y mujeres que pueblan el mundo verdadero, no el de las teorías.

Será necesario, a mi entender, seguir la sugerencia que Juan Pablo II, haciendo una especie de resumen de las tareas que se impuso para aprovechar la gracia concedida por el Espíritu Santo en el Año Santo de la Redención, propuso a los creyentes: «lo ocurrido ante nosotros exige ser considerado y, en cierto sentido, interpretado, para escuchar lo que el Espíritu, a lo largo de este año tan intenso, ha dicho a la Iglesia (cf. Ap 2,7.11.17, etc.)» (*Tertio Millennio Adveniente*, n. 2).

¿Qué perspectivas abre la enseña que la Iglesia a través de Juan Pablo II, señala al mundo de la cultura y del auténtico progreso humanos? En la Catequesis del 10 de diciembre de 1997, el Papa acotaba: «El hecho de que el Verbo de Dios se hiciera hombre produjo un cambio fundamental en la condición misma del tiempo. Podemos decir que, en Cristo, el tiempo humano se colmó de eternidad.

Es una transformación que afecta al destino de toda la humanidad, ya que “el Hijo de Dios, con su encarnación, se ha unido, en cierto modo, con todo hombre” (*Gaudium et spes*, 22). Vino a ofrecer a todos, la participación en su vida divina. El don de esta vida conlleva una participación en su eternidad». Así, los objetivos, las finalidades tanto en el terreno personal como social que el hombre pueda señalarse a sí mismo, deberían tener en cuenta, aun prescindiendo de la personal adhesión a la fe cristiana, la realidad de la encarnación. La oferta del Hijo de Dios hecho Hombre no ha podido ser más generosa, y además eficaz: solo hace falta que cada hombre se convierta en colaborador de la obra de la redención realizada por Cristo.

El cultivo personal que como proceso vivo corresponde a cada hombre conseguir, puede verse profundamente comprometido de modo positivo por la impronta que la doctrina de la Iglesia en su antropología sugiere: «La Iglesia, para cumplir este “deber permanente” suyo, está invitada a redescubrir de modo cada vez más profundo y vital que Jesucristo, el Señor crucificado y resucitado, es “la clave, el centro y el fin de toda la historia humana”. Él constituye “el punto en el que convergen los deseos de la historia y de la civilización, centro del género humano, gozo de todos los corazones y plenitud de sus aspiraciones”. Asimismo, la Iglesia reconoce que sólo el Espíritu Santo, al imprimir en el corazón de los creyentes la imagen viva del Hijo de Dios hecho hombre, puede hacerlos capaces de escrutar la historia, descubriendo en ella los signos de la presencia y de la acción de Dios» (Catequesis, 23.IX.1998).

El extraordinario panorama que tiene delante el hombre del tercer milenio debe ser estudiado en profundidad. Filosofía, Teología y demás ciencias sociales deberían avocarse a dar forma a programa tan ambicioso: que la persona y enseñanzas de Cristo sirvan de guía para el perfeccionamiento

humano, con todas sus perspectivas. Un nuevo humanismo, una nueva coherencia, una civilización integrada e integradora, fruto del empeño por «poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas» (san Josemaría Escrivá solía referirse de este modo a la tarea que Dios le había comunicado para la humanidad a partir de 1928), será el resultado de la comprensión de este renovado proceso cultural del tercer milenio.

## **6. Una nueva sensibilidad**

Acertadamente señala Juan Pablo II en su *Carta a los artistas*, que «los hombres de hoy y de mañana tienen necesidad de este entusiasmo (producto de la admiración y el asombro, según mi propio comentario) para afrontar y superar los desafíos cruciales que se avistan en el horizonte. Gracias a él la humanidad, después de cada momento de extravío, podrá ponerse en pie y reanudar su camino. Precisamente en este sentido se ha dicho, con profunda intuición, que “la belleza salvará al mundo”».

Esta especie de «conversión» exige tomarse en serio lo que acertadamente puntualiza Joseph Ratzinger: «Los psicólogos nos dicen que la conciencia racional que sale a la luz no es sino la superficie de toda nuestra alma. Pero estamos tan cautivados por este primer plano que no dejamos hablar a lo más profundo de nosotros. El hombre acaba enfermando porque ya no escucha lo auténtico; no vive por sí mismo, sino dominado por la casualidad y la superficialidad».

Dejar hablar a lo más profundo de nosotros es una exigencia que coincidentemente se expresa de múltiples maneras en el mundo contemporáneo. El hombre de nuestra época no desea mantenerse en la superficie de su ser porque intuye que la casualidad y la superficialidad están estrechamente relacionadas con nuestra noción del tiempo. Nuestra relación con el tiempo consiste en olvidar. Vivimos sólo el momento presente. Incluso queremos olvidar, porque negamos la vejez y la muerte. Pero ese querer olvidar es en realidad una mentira y por eso se transforma en un grito agresivo hacia el futuro, que pretende destrozar el tiempo. Sin embargo, también este romanticismo del futuro, que no quiere someterse al tiempo, es una mentira que destruye a los hombres y el mundo. La única manera de vencer verdaderamente al tiempo es el perdón y el agradecimiento, que recibe el tiempo como un don y lo transforma en gratitud (Ratzinger: *La fiesta de la fe*, pp. 1739-1740).

¿Cómo no advertir que esta perspectiva está intentando abandonar una metodología básicamente racionalista, para convertir los procesos intelectuales de los que el hombre deba valerse en esta nueva coyuntura en metodologías más intuitivas? En efecto, no deben bastar al hombre del tercer milenio los procedimientos intelectuales de los que se valió la humanidad

desde el siglo XVI en adelante con una impronta cada vez más racionalizante; sino que debe descubrir los caminos del corazón y de la intuición para acometer la nueva y estupenda tarea de conocerse a sí mismo de manera más conclusiva.

Es aquí en donde empieza a ser pertinente un relato acerca del arte como elemento imprescindible para la construcción de este nuevo humanismo; para poner cauces específicos a esta renovada visión del hombre y del mundo.

## 7. El conocimiento por connaturalidad

Desde hace unos pocos años, la academia ha recommenzado una tarea que Jacques Maritain dejó inacabada: la puesta al día de planteamientos acerca de la antropología teológica, la gnoseología y la psicología racional tomistas, reelaborando un intenso y profundo discurso acerca de la creación artística.

Luz González Umeres en su Cuaderno sobre *La creación artística (una explicación filosófica)* del año 2010 (Universidad de Navarra, España) reivindica para Maritain el mérito de haber subrayado el concepto tomista de *cogitativa* como elemento esencial para alumbrar el conocimiento y la comprensión de un lenguaje y una semántica nuevos.

Según la lectura de esas páginas, bastará que el Personalismo y hasta la Fenomenología intervengan en el discurso para poner al día una metodología que prepare al hombre del tercer milenio a entenderse y entender los procesos que, hoy y ahora, y por caminos impredecibles le están exigiendo un lenguaje más intuitivo y afectivo; una toma de contacto con la realidad cual pudo advenir con el concepto de *conocimiento por connaturalidad* que fue dejado en suspenso en cierta época de la historia de la Filosofía, y que exige ser replanteado.

Acertadamente propone la autora citada: «¿es acaso el fuego de las emociones o pasiones, el fulgor de unos sentimientos apasionados los que abren el camino a la admiración para algunos hombres? ¿Se puede decir así que en la disposición de búsqueda racional hay unos movimientos previos de las pasiones o sentimientos hacia lo verdadero —la sinceridad— que desata la admiración, es ya amor por lo verdadero? ¿Es la voluntad amorosa la que se abre a la verdad?» (2010, p. 60). Estas consideraciones eran consecuencia de un análisis de afirmaciones de Leonardo Polo acerca de la impronta que ha marcado siempre en el inicio del quehacer filosófico la *admiración*. Con todo, reconoce Polo, «la filosofía no es tan antigua como la humanidad, sino que surge de modo abrupto: en un momento determinado se desató la admiración en algunos hombres. La admiración no es la posesión de la verdad, sino su inicio. El que no se admira, no se pone en marcha, no sale al encuentro de

la verdad” (Polo, 1995, pp. introductorias). Y, desde una perspectiva específicamente metodológica señala este autor: «caer en la cuenta de que no todo pasa, no todo fluye, no todo es efímero, eso es admirar», (1995, 22).

«El mundo de la creación artística – señala González Umeres – se nutre de la afectividad, vida profunda del alma humana, sensible y espiritual, que opera a lo largo de los estados de vigilia y de sueño en el hombre. La afectividad, que conecta tanto con el mundo externo e interno de la persona, como con el espíritu y con la libertad misma, juega un papel singular en los procesos creativos del hombre y en las obras de arte» (2010, p. 53).

A partir de esta premisa, convendría recordar algunas apreciaciones hechas por Karol Wojtyła (Juan Pablo II) en la ya citada *Carta a los Artistas*, de una riqueza incomparable: «La belleza es clave del misterio y llamada a lo trascendente. Es una invitación a gustar la vida y a soñar el futuro. Por eso la belleza de las cosas creadas no puede saciar del todo y suscita esa arcana nostalgia de Dios que un enamorado de la belleza como san Agustín ha sabido interpretar de manera inigualable: “¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé!”».

Y unas líneas antes afirmaba: «Ya en los umbrales del tercer milenio, deseo a todos vosotros, queridos artistas, que os lleguen con particular intensidad estas inspiraciones creativas. Que la belleza que transmitáis a las generaciones del mañana provoque asombro en ellas. Ante la sacralidad de la vida y del ser humano, ante las maravillas del universo, la única actitud apropiada es el asombro».

Con magistral hondura, el Pontífice señala que «Dios ha llamado al hombre a la existencia, transmitiéndole la tarea de ser artífice. En la “creación artística” el hombre se revela más que nunca “imagen de Dios” y lleva a cabo esta tarea ante todo plasmando la estupenda “materia” de la propia humanidad y, después, ejerciendo un dominio creativo sobre el universo que le rodea. El Artista divino, con admirable condescendencia, trasmite al artista humano un destello de su sabiduría trascendente, llamándolo a compartir su potencia creadora. Obviamente, es una participación que deja intacta la distancia infinita entre el Creador y la criatura, como señalaba el Cardenal Nicolás de Cusa: “El arte creador, que el alma tiene la suerte de alojar, no se identifica con aquel arte por esencia que es Dios, sino que es solamente una comunicación y una participación del mismo”» (*Carta a los artistas*, n. 1).

Al mismo tiempo puntualiza: «No todos están llamados a ser artistas en el sentido específico de la palabra. Sin embargo, según la expresión del Génesis, a cada hombre se le confía la tarea de ser artífice de la propia vida; en cierto modo, debe hacer de ella una obra de arte, una obra maestra». (*Carta a los artistas*, n. 2).

¿Cómo no atisbar en esta sugerencia toda una metodología educativa que desbroce y prepare el terreno para esa nueva cultura que el tercer

milenio deberá consolidar? No son la fría y ordenadora razón y el menaje científico técnico quienes deben imponer al hombre la racionalidad propia de un mundo humano. Son más bien, la intuición (conocimiento por connaturalidad), el trabajo del corazón humano (la afectividad) los que deberán superar la antinomia creada en gran parte artificialmente entre progresismo y conservadurismo; entre globalismo y nacionalismo; entre ecologismo y desprecio por la naturaleza; entre feminismo y machismo (especialmente grave ya que obedece a una auténtica deformación de conceptos), entre fundamentalismo y formalismo.

La tarea del intelecto del tercer milenio es reconducir el interés y los esfuerzos por conocer y ejercer un dominio ya no solo útil sino servicial de la entera realidad: el cosmos, el hombre, su historia.

De esta perspectiva es el arte el medio más adecuado para enseñar al hombre a mirar con el corazón, adelantarse al juicio mediante la cordialidad, ahondar en los sujetos por identificación.

Qué iluminadoras resultan ahora a este respecto las palabras de la *Carta a los artistas* diseñando la tarea de todo artífice: «al modelar una obra el artista se expresa a sí mismo hasta el punto de que su producción es un reflejo singular de su mismo ser, de lo que él es y de cómo es. Esto se confirma en la historia de la humanidad, pues el artista, cuando realiza una obra maestra, no sólo da vida a su obra, sino que, por medio de ella, en cierto modo descubre también su propia personalidad. En el arte encuentra una dimensión nueva y un canal extraordinario de expresión para su crecimiento espiritual. Por medio de las obras realizadas, el artista habla y se comunica con los otros. La historia del arte, por ello, no es sólo historia de las obras, sino también de los hombres. Las obras de arte hablan de sus autores, introducen en el conocimiento de su intimidad y revelan la original contribución que ofrecen a la historia de la cultura». (*Carta a los artistas*, n.2)

Una nueva generación de artistas y hombres de la cultura deberá realizar la ingente tarea de reconducir al hombre del tercer milenio, utilizando las premisas anotadas, a un talante integrador, auténticamente incluyente e inclusivo; respetuoso y no solo tolerante con la miseria humana, que asuma su humanidad como la única existente y por eso digna de admiración e incluso de veneración. Una vuelta a la defensa de la vida humana, deudora de la vida divina; de la familia humana, semejante a la que conoce en el «interior» de Dios; de los principios que inducen a la conducta humana a una búsqueda del Bien, rechazando las componendas con las apetencias desordenadas del impulso y el instinto (hedonismo, consumismo, materialismo); y una exigente orientación a la Verdad rompiendo con las tendencias desintegradoras del conformismo o negativismo que muchas veces ha impuesto un planteamiento pragmático de la existencia.

No se trata de una arenga, aunque lo parezca; es la más válida conclusión de la descripción que Juan Pablo II hace del hombre –artista o no– que se propone la tarea de colaborar con la obra de la creación de Dios. Se encuentra en la ya citada carta a los artistas:

¿Cuál es la diferencia entre «creador» y «artífice»? El que crea da el ser mismo, saca alguna cosa de la nada –*ex nihilo sui et subiecti*, se dice en latín– y esto, en sentido estricto, es el modo de proceder exclusivo del Omnipotente. El artífice, por el contrario, utiliza algo ya existente, dándole forma y significado. Este modo de actuar es propio del hombre en cuanto imagen de Dios. En efecto, después de haber dicho que Dios creó el hombre y la mujer «a imagen suya» (cf. Gn 1, 27), la Biblia añade que les confió la tarea de dominar la tierra (cf. Gn 1, 28). Fue en el último día de la creación (cf. Gn 1, 28-31). En los días precedentes, como marcando el ritmo de la evolución cósmica, el Señor había creado el universo. Al final creó al hombre, el fruto más noble de su proyecto, al cual sometió el mundo visible como un inmenso campo donde expresar su capacidad creadora.

En esta perspectiva, hará falta tener en consideración una puntualización que se hace en los textos de esta *Carta*, dirigida a los artistas:

¿se puede decir también que el arte necesita a la Iglesia? La pregunta puede parecer provocadora. En realidad, si se entiende de manera apropiada, tiene una motivación legítima y profunda. El artista busca siempre el sentido recóndito de las cosas y su ansia es conseguir expresar el mundo de lo inefable. ¿Cómo ignorar, pues, la gran inspiración que le puede venir de esa especie de patria del alma que es la religión? ¿No es acaso en el ámbito religioso donde se plantean las más importantes preguntas personales y se buscan las respuestas existenciales definitivas?

Todo hombre, y no solo el que específicamente se dedica al cultivo de alguna especialidad artística, debe reconocer que la trascendencia es un llamado tan íntimo de la naturaleza humana que, para expresarse y realizarse plenamente, esta tiene que ser religiosa. Tiene que contar con Dios. Necesita estar transida de la llamada a lo infinito trascendente.

Y ya en este marco reconocer que «toda forma auténtica de arte es, a su modo, una vía de acceso a la realidad más profunda del hombre y del mundo. Por ello, constituye un acercamiento muy válido al horizonte de la fe, donde la vicisitud humana encuentra su interpretación completa. Este es el motivo por el que la plenitud evangélica de la verdad suscitó desde el principio el interés de los artistas, particularmente sensibles a todas las manifestaciones de la íntima belleza de la realidad» (*Carta a los artistas*, n. 6). Sabiendo también, además que «una sensibilidad semejante se encuentra en la espiritualidad oriental, donde Cristo es calificado como “el Bellísimo, de belleza superior a todos los mortales”. Macario el Grande comenta del siguiente modo la belleza transfigurante y liberadora del Resucitado: “El



alma que ha sido plenamente iluminada por la belleza indecible de la gloria luminosa del rostro de Cristo, está llena del Espíritu Santo... es toda ojo, toda luz, toda rostro”».

A todas luces se trata de un lenguaje distinto; y se hace necesario repetir una invitación que Juan Pablo II realiza a todo hombre, y especialmente al artista: su tarea deberá consistir ante todo en plasmar la estupenda «materia» de la propia humanidad y, después, ejercer un dominio creativo sobre el universo que le rodea. Esta tarea, encomendada particularmente a los artistas, es también tarea común de la Humanidad. Y lo es de modo eminente de la Iglesia.

Si la Iglesia tiene que mejorar, transformar, «humanizar» el mundo, ¿cómo va a poder hacerlo renunciando a la belleza, que se encuentra tan unida al amor, y con ella al consuelo verdadero, que es la mejor forma de aproximarse al mundo de la resurrección? La Iglesia tiene que seguir siendo exigente; tiene que ser la morada de lo bello, tiene que desarrollar la polémica sobre la «espiritualización», sin que la tierra se convierta en el «primer círculo del infierno». Por eso la cuestión de lo «apropiado» es siempre también la cuestión de lo «digno» y además un reto para buscar eso que es «digno». (Ratzinger, *La fiesta de la fe*, p. 1735).

Con profética lucidez, Joseph Ratzinger comenta en *El camino pascual*, «Esta generación pide un signo». También nosotros esperamos la demostración, el signo del éxito, tanto en la historia universal como en nuestra vida personal. Y nos preguntamos hasta qué punto el cristianismo ha transformado realmente el mundo, hasta qué punto ha creado este signo del pan y de la seguridad, al que se refería el diablo en el desierto. El argumento de Marx, según el cual el cristianismo ha tenido tiempo suficiente para demostrar sus principios y dar pruebas de su éxito creando el paraíso en la tierra, y que después de tanto tiempo habría llegado la hora de emprender la tarea echando mano de otros principios, este argumento, digo, impresiona a no pocos cristianos; son muchos los que piensan que, al menos, es necesario estrenar un cristianismo de nuevo cuño, un cristianismo que renuncie al lujo de la interioridad, de la vida espiritual. Pero es justamente así como impiden la verdadera transformación del mundo, que no puede surgir más que de un corazón nuevo, de un corazón vigilante, de un corazón abierto a la verdad y al amor; es decir, de un corazón liberado y verdaderamente libre (*La fiesta de la fe*, p. 1789).

Un corazón liberado y verdaderamente libre entiende de tareas de renovación de la mentalidad en aras de un nuevo Humanismo, de una nueva Humanidad convertida, transformada. «Tenemos que hacernos –concluye Ratzinger– de nuevo hombres que esperan, recogidos en lo más íntimo de su ser; personas que, en la profundidad de la oración, del anhelo y de la fe, dejan que tenga lugar el crecimiento». (Ratzinger, *El camino pascual*, pp. 1802-1803).

Nuestro mundo, convulsionado por el activismo, necesita una vuelta al deseo de sosiego. Comenta San Luis M. Grignion de Montfort a propósito de unas palabras del profeta Ageo (1,6), 'Sembráis mucho y encerráis poco': «Si el hacer pasa por encima de todo, haciéndose autónomo, entonces no llegarán nunca a existir aquellas cosas que no dependen del hacer, sino que son simplemente cosas vivas que quieren madurar».

El amor, la solidaridad, la paz, la empatía con los que sufren (los pobres de espíritu) son de esas *cosas vivas que quieren madurar*, pero que exigen un cambio de perspectiva: no serán las frías leyes promulgadas por la razón razonante las que animen al cambio, sino las del afecto y la intuición personales; horizontes en los que amar no sea una palabra abstracta; o perdonar, una exigencia de justicia; en los que ser libre no signifique autonomía absoluta de la realidad, ni deseo de poder.

Es necesario leer con calma los documentos del Concilio Vaticano II; los que prepararon el tercer milenio ya iniciado: cartas, catequesis, libros de doctrina que Juan Pablo II se exigió redactar para ayudar a la Humanidad en los años siguientes, a empaparse de los signos de los tiempos que el Espíritu Santo inauguró en la Iglesia y en el Mundo. Sin ese estudio no se pondrán en práctica los principios fundamentales establecidos en esos intensos años que la Iglesia vivió en esperanza. Podría de esta forma decirse que revivimos la parábola del hombre que enterró el talento recibido para devolverlo en su momento, lleno de desidia e incuria.

La cultura –cultivo personal– y el arte –transformación de la realidad en belleza creada– deben ser dos potentes motores que colaboren en esta tarea de humanización del mundo a la medida de los planes de Dios. Las señales son claras y el mensaje del Evangelio –viejo y nuevo a la vez–, que pone a Cristo en el centro de la Historia y del Universo, deberá hacerse vida primero e impregnar todos los ambientes intelectuales hasta conseguir que el Mundo sepa de la civilización del amor que Dios quiere realizar en este tercer milenio.

## **Referencias bibliográficas**

Pablo VI (1965). *Constitución pastoral Gaudium et Spes sobre la Iglesia en el mundo actual*, Concilio Vaticano II, Roma: Políglota Vaticana, [versión electrónica]. Recuperado de [https://www.vatican.va/archive/hist\\_councils/ii\\_vatican\\_council/documents/vat-ii\\_const\\_19651207\\_gaudium-et-spes\\_sp.html](https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html)

Pablo VI (1965). *Declaración Nostra Aetate sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas*, Concilio Vaticano II, Roma: Políglota Vaticana, [versión electrónica]. Recuperado de [https://www.vatican.va/archive/hist\\_councils/ii\\_vatican\\_council/documents/vat-ii\\_decl\\_19651028\\_nostra-aetate\\_sp.html](https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_decl_19651028_nostra-aetate_sp.html)

- Pablo VI (1965). *Decreto Ad Gentes sobre la actividad misionera de la iglesia*, Concilio Vaticano II, Roma: Políglota Vaticana, [versión electrónica]. Recuperado de [https://www.vatican.va/archive/hist\\_councils/ii\\_vatican\\_council/documents/vat-ii\\_decree\\_19651207\\_ad-gentes\\_sp.html](https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_decree_19651207_ad-gentes_sp.html)
- Echevarría, J. (2012). *Carta pastoral sobre el año de la fe*, n.º 9, 29 septiembre.
- González Umeres, L. (2010). *La creación artística. Una explicación filosófica*, Cuadernos de Anuario filosófico n.º 221, Pamplona: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra.
- Juan Pablo II: Audiencia 15.XII.1999
- Juan Pablo II (1994). *Carta apostólica Tertio Millennio Adveniente del Sumo Pontífice Juan Pablo II al episcopado al clero y a los fieles como preparación del jubileo del año 2000*, Roma: Librería Editrice Vaticana [versión electrónica]. Recuperado de [https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost\\_letters/1994/documents/hf\\_jp-ii\\_apl\\_19941110\\_tertio-millennio-adveniente.html](https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_letters/1994/documents/hf_jp-ii_apl_19941110_tertio-millennio-adveniente.html)
- Juan Pablo II (1997). *Introducción al jubileo. Audiencia general*. Miércoles 19 de noviembre de 1997, Roma: Librería Editrice Vaticana [versión electrónica]. Recuperado de [https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiencias/1997/documents/hf\\_jp-ii\\_aud\\_19111997.html](https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiencias/1997/documents/hf_jp-ii_aud_19111997.html)
- Juan Pablo II (1997). *En el principio existía el Verbo. Audiencia general*. Miércoles 26 de noviembre de 1997, Roma: Librería Editrice Vaticana [versión electrónica]. Recuperado de [https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiencias/1997/documents/hf\\_jp-ii\\_aud\\_26111997.html](https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiencias/1997/documents/hf_jp-ii_aud_26111997.html)
- Juan Pablo II (1997). *La Encarnación, ingreso de la eternidad en el tiempo. Audiencia general*. Miércoles 26 de noviembre de 1997, Roma: Librería Editrice Vaticana [versión electrónica]. Recuperado de [https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiencias/1997/documents/hf\\_jp-ii\\_aud\\_10121997.html](https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiencias/1997/documents/hf_jp-ii_aud_10121997.html)
- Juan Pablo II (1998). *El Espíritu y los signos de los tiempos. Audiencia general*. Miércoles 23 de setiembre de 1998, Roma: Librería Editrice Vaticana [versión electrónica]. Recuperado de [https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiencias/1998/documents/hf\\_jp-ii\\_aud\\_23091998.html](https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiencias/1998/documents/hf_jp-ii_aud_23091998.html)
- Juan Pablo II (1998). *Consistorio ordinario público para la creación de 20 cardenales. Discurso del Santo Padre Juan Pablo II*, Roma: Librería Editrice Vaticana [versión electrónica]. Recuperado de [https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/speeches/1998/february/documents/hf\\_jp-ii\\_spe\\_21021998\\_consistorio-1998.html](https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/speeches/1998/february/documents/hf_jp-ii_spe_21021998_consistorio-1998.html)
- Juan Pablo II (1999). *Escatología universal: la humanidad en camino hacia el Padre. Audiencia general*. Miércoles 23 de setiembre de 1999, Roma: Librería Editrice Vaticana [versión electrónica]. Recuperado de [https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiencias/1999/documents/hf\\_jp-ii\\_aud\\_26051999.html](https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiencias/1999/documents/hf_jp-ii_aud_26051999.html)

- Juan Pablo II (1999). *Compromiso por la edificación de la «civilización del amor»*. Audiencia general. Miércoles 15 de diciembre de 1999, Roma: Librería Editrice Vaticana [versión electrónica]. Recuperado de [https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiencias/1999/documents/hf\\_jp-ii\\_aud\\_15121999.html](https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiencias/1999/documents/hf_jp-ii_aud_15121999.html)
- Juan Pablo II (1999). *Carta del Santo Padre Juan Pablo II a los artistas*, Roma: Librería Editrice Vaticana [versión electrónica]. Recuperado de [https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/letters/1999/documents/hf\\_jp-ii\\_let\\_23041999\\_artists.html](https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/letters/1999/documents/hf_jp-ii_let_23041999_artists.html)
- Polo, L. (1995). *Introducción a la Filosofía*, Pamplona: Eunsa.
- Ratzinger, J. (1976). *La palabra en la Iglesia*, Salamanca: Sígueme.
- Ratzinger, J. (2006). *El camino pascual*, Madrid: Biblioteca Autores Cristianos.
- Ratzinger, J. (2006). *El signo de la mujer. Intento de introducción a la encíclica «Redemptoris Mater»*, publicado en María, Iglesia Naciente, J. Ratzinger y H. U. von Balthasar, Madrid: Ediciones Encuentro.
- Ratzinger, J. (2013). *La fiesta de la fe: ensayo de teología litúrgica*, Bilbao: Desclée De Brouwer.